

## 1. *Contra la bondad*

LA BONDAD O LA FALTA DE ELLA han recibido mucha prensa últimamente. Los gurúes mediáticos se quejan del egoísmo de nuestra época y los periódicos suelen publicar reportajes como el de aquel adinerado agente de bolsa que, en el punto más álgido de su trayectoria profesional, decidió pasar todos los fines de semana trabajando gratis con niños que tenían problemas. Incluso él se mostraba asombrado de su reacción. «Ayudar a los niños me hace muy feliz. Me siento una persona distinta.» Este asombro se refleja en los informes de primera plana que hablan de estudios académicos sobre «lo que hace feliz a la gente» y que muestran que en la escala de la felicidad, la bondad se encuentra en un lugar más alto que la conducta centrada en uno mismo. Un informe reciente describía un experimento llevado a cabo por el psicólogo estadounidense Martin Seligman (autor de *Authentic happiness*), que seleccionó a un grupo de universitarios con el fin de poner a prueba el planteamiento «filantropía frente a diversión». ¿Adivinan qué les produjo más placer?, preguntaba riendo el periodista. «Yo también he sentido ese gustazo, cada vez que he invitado a alguien a una jarra...»

Al leer estos artículos nos preguntamos por qué la gente se sorprende hoy de lo que es tan evidente. ¿Por qué nos asom-

bra que la bondad produzca placer? ¿Y por qué las anécdotas protagonizadas por la bondad suelen ser cursis o idiotas, y trivializan las cosas que más importan a la mayoría?

El placer de la bondad era muy conocido en el pasado. En nada se complacen más las personas que en ser buenas, afirmaba Marco Aurelio, y durante siglos los pensadores y los escritores han repetido sus palabras. Pero en la actualidad son muchas las personas que no parecen creer en esta complacencia o que sospechan abiertamente de ella. Nos hemos forjado una imagen de la naturaleza humana en la que apenas hay generosidad natural. Casi todos aquellos que parecen creer que, en el fondo, ellas y las demás están locas, son malas y es peligroso conocerlas; que, como especie, los humanos nos hemos enemistado entre nosotros profunda y radicalmente, que nuestros motivos son muy egoístas y que nuestras simpatías son formas de protegernos.

El presente libro explica cómo y por qué se ha llegado a esta mentalidad y sostiene que ser afectuosos –vivir identificándonos instintivamente con las debilidades y preferencias de los demás– es la forma de vida por la que deberíamos inclinarnos, y ciertamente la que vivimos a menudo, ocultándonoslo a nosotros mismos. La gente es buena continuamente, de manera secreta, pero no tiene un lenguaje con que expresarlo y carece de apoyos culturales a este fin. Imaginamos que si vivimos de acuerdo con nuestras simpatías nos debilitaremos o nos sentiremos desbordados; la bondad sabotea la vida triunfal. Necesitamos saber por qué hemos acabado por creer que la vida óptima supone sacrificar lo mejor de nosotros mismos; y por qué hemos acabado creyendo que hay placeres mayores que la bondad. En este libro se sostiene que la bondad –y no la sexualidad, ni la violencia ni el dinero– es nuestro pla-

cer prohibido. ¿Qué tiene nuestra época para que la bondad se presente como peligrosa?

En cierto modo, la bondad siempre es peligrosa, porque se basa en la sensibilidad hacia los demás, en la capacidad para identificarnos con sus gozos y sufrimientos. Estar en el pellejo de otro, como suele decirse, puede resultar incómodo. Pero si los placeres de la bondad –como todos los grandes placeres humanos– son peligrosos por sí mismos, también se cuentan entre los más satisfactorios que conocemos. ¿Por qué hemos acabado por repudiarlos? En 1741, el filósofo escocés David Hume, enfrentado a una escuela filosófica que proclamaba el egoísmo ineludible de la humanidad, perdió la paciencia. Una persona tan necia como para negar la existencia de la bondad –dijo Hume– era sencillamente una persona que había perdido el contacto con la realidad emocional: «ha olvidado los movimientos de su corazón». ¿Cómo es posible que la gente haya acabado por olvidar la bondad y los intensos placeres que procura?

Este libro trata de responder a esta pregunta. Escrito por una historiadora y un psicoanalista, pone de manifiesto el precio y, desde un punto de vista histórico, la particularidad de las modernas actitudes ante la bondad. Pues durante casi toda la historia de la humanidad –hasta la época de David Hume y mucho después, hasta el alba de la llamada modernidad–, las personas se han considerado buenas por naturaleza. Este libro expone cuándo y por qué desapareció esta confianza, y las consecuencias de esta transformación: y cómo al renunciar a la bondad –y sobre todo a los actos de generosidad y afectividad personales– nos privamos de un placer que es básico para nuestro sentido del bienestar. «Nos pertenecemos los unos a los otros» –dice el filósofo Alan Ryan–, y la vida

buena es la que «refleja esta verdad». Hoy, esta verdad ha pasado a la clandestinidad. Las grandes aspiraciones son hoy la independencia y la autonomía: el «pertenecemos los unos a los otros» inspira temor y silencio; ha pasado a ser uno de los grandes tabúes de nuestra sociedad. ¿Por qué?

Para responder empezamos retrocediendo en la historia, en busca de las ideas sobre la bondad que se han defendido desde los tiempos clásicos. Su significado original, basado en la idea de bien, se ha extendido con el paso del tiempo hasta abarcar sentimientos que en la actualidad se llaman de muchas maneras –simpatía, generosidad, altruismo, benevolencia, humanidad, compasión, lástima, empatía– y que en el pasado se llamaron básicamente *philanthropía* (filantropía, amor a la humanidad) y *caritas* (caridad, amor fraternal por el prójimo). El significado de las palabras varía con el tiempo, pero en términos generales vienen a denotar lo que la sociedad victoriana llamaba «tener buen corazón», la emoción compasiva que nos vincula con el otro. «El deseo de acabar con la distancia entre las personas no es menos general que su constatación», dijo en cierta ocasión el crítico alemán Theodor W. Adorno, dando a entender que aunque el alejamiento de los demás nos da seguridad, también nos produce tristeza, como si el precio inevitable de mirar por nosotros fuera la soledad. La historia nos muestra las múltiples expresiones del deseo de relacionarnos, desde las celebraciones clásicas de la amistad hasta las filosofías del bienestar social del siglo xx, pasando por las doctrinas cristianas relativas al amor y la caridad. También nos muestra el grado de extrañamiento de la humanidad, hasta qué punto se reprime nuestra capacidad para preocuparnos por los demás por culpa de temores y rivalidades que tienen un historial tan largo como la propia bondad.

Durante la mayor parte de la historia occidental, el concepto de bondad dominante ha sido el del cristianismo, que santifica los instintos generosos de las personas y los convierte en base de una fe universal. La *caritas* cristiana ha funcionado durante siglos como un aglutinante cultural que ligaba a los individuos en el seno de la sociedad. Pero en el siglo xvi el mandamiento cristiano «ama a tu prójimo como a ti mismo» empezó a sufrir ataques del individualismo competitivo. *Leviatán* (1651) de Thomas Hobbes –el evangelio del nuevo individualismo– desdeñaba la bondad cristiana por ser psicológicamente absurda. Las personas –decía Hobbes– eran animales egoístas que sólo se preocupaban por su propio bienestar; la existencia humana era una «guerra de todos contra todos». Sus argumentos ganaron terreno muy lentamente, pero a fines del siglo xviii –a pesar de los esfuerzos de David Hume y otros– se estaban convirtiendo en ortodoxia. Dos siglos después da la impresión de que todos somos hobbesianos, convencidos de que el interés personal es el principio que nos gobierna. (El psicoanalista francés Jacques Lacan decía que el mandamiento cristiano «ama a tu prójimo como a ti mismo» debía entenderse irónicamente, dado que todo el mundo se odia a sí mismo.) La conducta bondadosa se observa con recelo; las manifestaciones públicas de bondad se desdeñan por moralistas y sentimentales. «Está en la naturaleza humana», decimos del comportamiento egoísta, ¿qué más podemos esperar? La bondad se ve como un tema de portada de revista o bien como falta de nervio. Los iconos populares de la bondad –la princesa Diana, Nelson Mandela, la madre Teresa de Calcuta– o bien se adoran como si fueran santos o bien se denuncian alegremente llamándoles hipócritas que sólo cultivan sus intereses. Dar prioridad a las necesi-

dades de los otros, pensamos, puede ser digno de elogio, pero desde luego no es lo normal.

Entonces, ¿ha llegado la hora de renunciar a la bondad o por lo menos de borrarla de nuestra lista de valores, para dejarnos llevar por los espontáneos pero pasajeros momentos de generosidad que sentimos en la vida, admitiendo que, en el caso de unas criaturas egoístas como nosotros, tales momentos son las excepciones que confirman la regla?

Hoy sólo se espera bondad entre padres e hijos, incluso se sanciona y se considera obligatoria. Pero antes de condenar a la madre que se enfada con su niño pequeño en la calle podríamos detenernos a meditar qué es ser padre o madre en una sociedad que elogia la bondad episódicamente pero la devalúa por sistema. La bondad –es decir, la capacidad de tolerar la vulnerabilidad de los demás, y por tanto la de uno mismo– se ha vuelto un signo de flaqueza (excepto en el caso de los individuos santificados, en quienes es un signo de su excepcionalidad). Nadie dice todavía que los padres deben dejar de ser bondadosos con sus hijos. Pero hemos contraído fobia a la bondad en nuestras sociedades, evitando actos generosos evidentes y justificándolo, como hacemos con las fobias, con razonamientos interminables. Toda compasión es autocompasión, señalaba D. H. Lawrence, expresando la extendida sospecha moderna que ha caído sobre la bondad, que es o una forma superior de egoísmo (forma moralmente triunfante y secretamente explotadora) o la forma más baja de la debilidad (la bondad es el medio por el que el débil controla al fuerte, el bondadoso sólo es bondadoso porque no tiene agallas para ser otra cosa). Si creemos que los humanos son básicamente competitivos, y en consecuencia de tendencia triunfalista, ya que se les estimula para que sean así, la bondad parece entonces

claramente desfasada, incluso un sentimiento nostálgico, un vestigio de una época en que nos reconocíamos en los demás y nos identificábamos con ellos porque todos nos sentíamos «hermanos», si es que alguna vez existió ese tiempo. Al fin y al cabo, ¿qué ganamos siendo bondadosos, aparte de aprobación moral? Y seguramente ni siquiera eso, en una sociedad en la que uno de sus valores principales es el «respeto» por la posición socioeconómica.

Casi todas las personas, tal como se educan actualmente, creen en secreto que la bondad es una virtud para perdedores. Pero hablar de ganadores y perdedores forma parte de la elusión fóbica de la bondad, del terror que produce en nuestros días. Porque una cosa que ningún enemigo de la bondad se pregunta jamás –y esto es ya como llevar un enemigo dentro de cada uno– es por qué la sentimos. ¿Por qué nos sentimos inclinados, cuando sea y como sea, a ser bondadosos con otras personas, y no digamos con nosotros mismos? ¿Por qué nos afecta la bondad? Puede que una de las cosas que caracterizan a la bondad –a diferencia de los ideales morales abstractos, como la justicia– sea que al final sabemos exactamente lo que es en muchísimas situaciones cotidianas; sin embargo, saber lo que es el acto bondadoso facilita su evitación. Por lo general sabemos en qué consiste el acto bondadoso, y cuándo los demás lo practican con nosotros y cuándo no. Por lo general tenemos los medios para llevarlo a cabo (la bondad no es una especialidad técnica); y nos produce placer. Y no obstante, nos turba a un nivel profundo. Nunca somos todo lo bondadosos que queremos ser, pero nada nos indigna más que no sean bondadosos con nosotros. De nada nos sentimos más sistemáticamente privados que de la bondad ajena; la indiferencia de los demás es la queja de nuestro tiempo. La bondad

nos preocupa continuamente y, sin embargo, somos incapaces de vivir gobernados por ella.

En consecuencia, somos muy ambivalentes en relación con la bondad. La amamos y la tememos; sentimos intensamente su ausencia –es la desdicha cotidiana– y nos resistimos a dejarnos llevar por nuestros impulsos generosos. Nuestro dilema no es sólo moral (la bondad es una obligación descuidada), sino también psicológico. No se trata de que no seamos tan generosos como debiéramos, sino de que nos cuesta muchísimo aceptar el hecho de que los actos generosos nos producen un placer intenso. En tanto seres sociales por naturaleza, sentimos con los demás y por los demás, y esto nos hace a la vez bondadosos y egoístas. Pero esta ambivalencia resulta difícil de sostener, en nosotros y en nuestra percepción de los demás. Hasta qué punto resulta difícil lo vemos en nuestra actitud ante los niños, que tendemos a considerar o totalmente inocentes y buenos, y en consecuencia corrompidos por los adultos, o radicalmente malos (crueles, erotómanos y competitivos), y en consecuencia simples miembros pequeños de la desagradable especie humana. Esta concepción polarizada de la infancia ha tenido efectos perjudiciales.

Los niños, como los adultos que serán mañana, son criaturas complejas y, en nuestra opinión, con una tendencia a la bondad y la preocupación por los demás que es punto por punto tan potente como los instintos egoístas, sobre los que tanto oímos hablar actualmente. La formas que puede adoptar la bondad, como las formas de la sexualidad, se aprenden en cierta manera en las sociedades en que crecemos, lo cual quiere decir que pueden desaprenderse, enseñarse mal o combatirse. En el presente libro se sostiene que los niños empiezan a vivir con una bondad «natural» y que, durante

su desarrollo, esa bondad sufre una modificación en la sociedad actual. No es una idea nueva: Jean-Jacques Rousseau, hace más de 250 años, hizo un vehemente llamamiento para salvar la bondad natural de los niños de los efectos corruptores de una sociedad dividida. Es un punto clave en la historia de la bondad, que es también la historia de la infancia. Lo que quizá sea nuevo es la facilidad con que las personas de hoy en día se dejan convencer de que no hay que tomarse demasiado en serio la bondad. ¿Cómo es que algo tan integral y esencial para nosotros se ha vuelto tan episódico y tan poco convincente?

Este libro tiene una dimensión histórica: cuenta cómo y por qué las personas han hablado de su bondad, pero también una dimensión psicológica, dado que explica cómo la vulnerabilidad se vuelve traumática para los individuos. Todo el mundo es vulnerable en cada etapa de su vida; todo el mundo está sujeto a enfermedades, accidentes, tragedias personales, realidades políticas y económicas. Esto no significa que las personas carezcan de capacidad de recuperación y recursos. Tolerar la vulnerabilidad del otro –y esto significa compartirla imaginativa y prácticamente sin necesidad de eliminarla ni de quitársela de golpe– supone ser capaz de tolerar la propia. Lo cierto es que sería un rasgo realista decir que lo que tenemos en común es la vulnerabilidad; es el medio por el que nos relacionamos, lo más profundo que reconocemos en los demás. Antes de ser criaturas sexuales somos criaturas vulnerables; en realidad, la fuerza de nuestros deseos procede de nuestra indefensión y nuestra dependencia iniciales.

El primer trauma formativo del niño es su creciente conciencia de que necesita a los demás (en realidad, la madre es tan vulnerable a su necesidad de la criatura como ésta a la ne-

cesidad de su madre; los padres necesitan que los hijos no les preocupen demasiado). El niño necesitado experimenta una inquietud traumática («Cómo cuidar de mi madre para vencerla de que cuide de mí») que despierta su bondad natural; pero de esta inquietud –y de las formas posteriores de bondad que surgen de ella– es muy fácil apartarse. Llamamos «suficiencia» a este apartamiento, y cuando se vuelve patológico lo llamamos «narcisismo». Nos complace la bondad porque nos relaciona con otros; pero nos da miedo porque nos vuelve demasiado conscientes de la vulnerabilidad propia y ajena (vulnerabilidad que tendemos a llamar «defecto» cuando más asustados estamos). Y la vulnerabilidad –y en concreto la que llamamos «deseo»– es nuestra herencia biológica común. Dicho con otras palabras, la bondad nos abre al mundo (y mundos) de otras personas a través de medios que anhelamos y tememos. ¿Cómo pueden las personas, desde la infancia, sentir confianza suficiente para aceptar todos estos riesgos?

Las personas quieren seguridad, a cualquier precio. Puede que un peligro de la secularización sea que si ya no creemos en Dios –en un Ser que sea invulnerable y, por tanto, capaz de protegernos–, estamos condenados a enfrentarnos a nuestra indefensión relativa y a nuestra necesidad de los demás. Si no hay invulnerabilidad en ninguna parte, de pronto hay demasiada vulnerabilidad en todas. ¿Cómo hay que entender esto? En su novela *El adolescente* (1875), Dostoyevski describe una mañana en que la gente despierta y se ve sola en un universo ateo. En vez de llorar la pérdida, se vuelcan los unos en los otros, sustituyendo la protección divina por su celo y su ternura. Por reconocer la vulnerabilidad humana, reaccionan positivamente ante ella. La bondad se convierte en una forma

de experimentar con su vulnerabilidad que pone a prueba las fuerzas y límites de sus recursos para afrontarla. Si Dios ha muerto, la bondad está permitida. Si Dios ha muerto, la bondad es lo único que tienen las personas.

Así pues, no es que la bondad auténtica exija que las personas sean desinteresadas, sino más bien que la bondad auténtica transforma a las personas al practicarla, a menudo de forma imprevisible. La bondad auténtica es una comunicación de consecuencias básicamente imprevisibles. Es un riesgo precisamente porque mezcla nuestras necesidades y deseos con las necesidades y deseos de otros de un modo imposible para lo que llamamos interés propio. (La idea de interés propio supone que siempre sabemos lo que queremos, si sabemos qué es lo propio y cuáles son sus intereses. Descarta el descubrimiento.) La bondad es una forma de conocer a las personas más allá de lo que sabemos de ellas. Relacionarnos con desconocidos (incluso con «extranjeros» a miles de kilómetros de distancia), además de con íntimos, es potencialmente mucho más promiscuo que la sexualidad. Pero como veremos, el niño necesita al adulto –y su sociedad– para ayudarlo a ser leal con su bondad, esto es, para ayudarlo a descubrir y experimentar los placeres de preocuparse por otros. El niño que suspende esta asignatura se queda sin una de las mayores fuentes de felicidad humana. La gente ha sabido esto durante mucho tiempo y hace mucho tiempo que lo olvidó. La historia de la bondad, a la que pasamos inmediatamente, nos cuenta la trayectoria de este conocimiento, este olvido y este reaprendizaje que son fundamentales para las ideas occidentales sobre la vida buena.

Nietzsche escribió en *La genealogía de la moral* (1887) que: «el inexorable progreso de la enfermedad de la compasión,

que ha afligido incluso a los filósofos, es el síntoma más malsano del malsano desarrollo de la cultura europea». En nuestra opinión, la compasión no ha hecho progresos –en realidad, tiene miedo de sus intuiciones más sagaces–, y éste es el síntoma realmente malsano de la vida moderna.